

Arturo Reyes Fragoso

33

ACAMPAR CERCA DE LA LUNA MEZTITLA, ORIGEN E INICIOS



ACAMPAR CERCA DE LA LUNA

Arturo Reyes Fragoso

Acampar cerca de la Luna

Meztitla, origen e inicios



Primera edición conmemorativa del 60 aniversario del Centro Scout
Meztitla: 2016
Primera edición digital: 2026

BIBLIOTECA DEL CENTENARIO

Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso

Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna

Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A. C.

Córdoba 57, colonia Roma Norte

C. P. 06700, Ciudad de México

Tel. (+52) 55 5208 7122

www.scouts.org.mx

oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidente Nacional

Enrique Moreno Cárdenas

Jefe Scout Nacional

Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional

Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos

Joaquín Ramos Guerra

Coordinadora Editorial

Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación

Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A. C.

Diseño de portada e interiores: Samuel Gómez López

Imagen de portada: Glifo prehispánico de Tepoztlán (“lugar en que abunda el cobre”, Antonio Peñafiel, *Nombres geográficos de México*, 1885)

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno. Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos, siempre y cuando se den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A. C.

Llamada de reunión

Meztitla, nuestro campo escuela scout, se ha convertido en un símbolo que, a través del tiempo, nos ha dejado una huella imborrable y cada vez impacta a más corazones. Llegar a Meztitla implica encontrar, de manera inmediata, esa sintonía entre la naturaleza, aventura y emociones.

Meztitla es un punto de encuentro de viajeros y viajeras de México y el mundo, donde confluyen para crear nuevas historias: campamentos increíbles, eventos, promesas scouts, cambios de sección, esfuerzo, risas, encuentros, amistades invaluable, noviazgos, matrimonios... el inicio y término de ciclos, el inicio y término de casi 70 vueltas al sol con hermandad, confianza y honor.

Entre gritos, silbatazos, caminatas interminables, fogatas, canciones, carreras y, muchas veces, agua helada transcurren mañanas, tardes y noches vivas, con cientos de emociones que confluyen, por lo que no es difícil entender que esa energía maravillosa emanada de cada ser nos revitalice cada vez al regresar a Meztitla, permitiéndonos disfrutar una y otra vez de su belleza.

Meztitla es un recordatorio de miles de vivencias y experiencias individuales que nos han complementado en la formación de cada persona que la visita. Quien entra no puede evitar llevarse en su ser esa magia que comparte con el mundo, una explosión de energía que nutre nuestros corazones y eleva un grito de alegría por el gozo de compartir experiencias irrepetibles e inolvidables, que nos hacen salir del lugar listos para servir.

Meztitla, el lugar cerca de la luna, también es un lugar cerca del corazón scout.

GERARDO SAGREDO,
coordinador de Programa del Centro Scout Meztitla,
Tepoztlán, Morelos, junio 2026

Nota editorial

La primera edición de este libro se publicó en 2016, como parte de la celebración del 60 aniversario del Campo Escuela Meztitla, con un texto basado a su vez en lo incluido en la edición impresa del libro *Retratos con pañoleta. Galería de semblanzas* (Colección Papeles Escultas, 2014). Para esta nueva versión se incorporaron otros documentos gráficos proporcionados tiempo atrás por el arquitecto Carlos Lozano, del grupo 8 de la actual provincia Benito Juárez, e imágenes de la fototeca Carlos Viveiros del grupo II de ciudad de México, facilitadas por Luis Lach.

Organo Ofic. del Consejo Nacional de los Scouts de México



ESCULTISMO

Año III Septiembre 15 de 1938 Núm. 28

Portada de la revista *Escultismo*, septiembre 1938.

Acampar cerca de la Luna

Para Ángel, Mooks y Cuco, mis amigos tepoztecos

Acampamos al pie de los cerros, separados del pueblo por el cauce del río —creo que estaba seco y que lavamos los platos en un hidrante—. [...] En la mañana siguiente salí de la tienda de campaña y me quedé mirando la gran mole del convento y los humos estratificados de cien cocinas. No dije que el lugar me parecía embrujado, porque hubiera quedado en ridículo, pero eso era lo que estaba pensando.

JORGE IBARGÜENGOITIA

1

Los scouts frecuentan Tepoztlán desde los años treinta del siglo 20, al menos, así lo documenta una portada de la revista *Escul-tismo* fechada en 1938, donde se aprecia a un grupo de muchachos de impecable uniforme, en un camino delimitado por una barda de piedra rumbo a los escarpados cerros que encuadran “un escenario olímpico, que evoca las óperas wagnerianas a la vez que las indostánicas pagodas” —palabras de Alfonso Reyes—, descripción a la que pueden sumarse contemporáneas reminiscencias cinematográficas de corte jurásico.

Durante los siguientes años, las páginas de la revista scout consignaron pintorescas leyendas de la localidad morelense, los prehispánicos nombres de sus cerros circunvecinos y las alternativas para llegar al pueblo: igual desde la ciudad de

Cuernavaca, por los 18 kilómetros de carretera abiertos apenas en 1936 —al año siguiente, se inauguraría Camohmila, el campamento de la Guay, a orillas del río Atongo—, o por los 90 kilómetros de línea ferroviaria inaugurada por Porfirio Díaz, en 1897, la cual serpenteaba desde la ciudad de México hasta la estación de El Parque, a las afueras del poblado de San Juan Tlacotenco, en su camino a Cuernavaca y diversas localidades del estado de Guerrero. Desde lo alto de la serranía se caminaba hasta Tepoztlán, presidido por su “inmensa iglesia, monasterio y fortaleza construido por los dominicos en competencia con la naturaleza” —la descripción es ahora de Carlos Fuentes—, al que se llegaba por un camino de herradura en medio de caprichosas formaciones rocosas, coníferas y plantas subtropicales, que hacían las delicias del excursionista.

Jorge Ibargüengoitia fue uno de los scouts que, mochila al hombro y sombrero de cuatro pedradas calado en la cabeza, realizaron aquel recorrido para acampar en Tepoztlán a principios de los cuarenta, cuando contaba con 13 años de edad. Tiempo después, como escritor consagrado, plasmaría sus recuerdos de manera por demás entrañable:

Acampamos al pie de los cerros, separados del pueblo por el cauce del río —creo que estaba seco y que lavamos los platos en un hidrante—. Al plantar la tienda encontramos un alacrán. Al atardecer, los hermanitos Beltrán, que acababan de entrar en los scouts y no sabían las costumbres, cruzaron el cauce del río y fueron al pueblo a tomar nieve de limón. En la noche salió una luna roja y pareció como si los cerros —que se nos venían encima— estuvieran reflejando incendios lejanos. Cenamos lo de siempre: chocolate hecho con leche condensada aguadísima, galletas pasa y mermelada de fresa. En la mañana siguiente salí de la tienda de campaña y me quedé mirando la gran mole del convento y los humos estratificados de cien cocinas. No dije que el lugar me parecía embrujado, porque hubiera quedado en ridículo, pero eso era lo que estaba pensando.



Vista aérea del valle de Tepoztlán a mediados de los años cincuenta del siglo pasado, Aerotécnica de México (archivo de Arsenio Espinoza Salazar/ Abraham Millán Madrid).

2

Meztitla se encuentra llena de placas y monumentos, quizá demasiados: desde la metálica huella de Baden-Powell que delimita el extremo sur del área de astabanderas, hasta el monumento a la Promesa levantado en el Amate Amarillo, al otro lado del cauce del río normalmente seco, salvado ahora por un sólido puente de varillas y cemento. Hubo otros monumentos más estrafalarios, como el mandado a colocar por Miguel Martagón (☺), cuando fungía como concesionario del campo escuela: unos maniquís pintados de dorado, colgados entre los restos de un enorme amate derribado por la fuerza del viento. La combinación de aquellos elementos pretendía proyectar un simbolismo místico-ecológico, con involuntaria estética de aparador de centro comercial.

Igual de simbólica y malograda fue la pirámide que intentó edificar Gustavo Alcocer Mota (☺), al fondo del área de acampado habilitada al lado del comedor: su idea era construirla con piedras colocadas por los propios campistas, con alguna reflexión surgida de su ronco pecho escrita en su superficie. Pero el ritmo de construcción corrió al parejo con el que debieron requerir los antiguos teotihuacanos para levantar la Pirámide del Sol, por lo que terminó sustituida por una sólida plataforma de piedra y concreto donde se han realizado algunas actividades de los Encuentros de Expresión y Arte Scout.

A mediados del nuevo milenio, Raúl Sánchez Vaca promovió desde la jefatura scout nacional la colocación de otras placas, con los nombres de quienes aportaron dinero para el mantenimiento y mejoras del lugar. Se encuentran al lado del estacionamiento, cerca de la primera placa puesta en Meztitla, fechada en 1970 y empotrada a la barda de piedra levantada a la entrada del campo escuela, donde también montaron las letras metálicas que anuncian el nombre del hoy denominado Centro Scout Meztitla. Entre el musgo y los pequeños helechos colgados entre las hendiduras durante la temporada de lluvias, puede leerse:

LA ASOCIACIÓN DE SCOUTS DE MÉXICO, A.C.
EN RECONOCIMIENTO AL DR. PAUL LOEWE
INICIADOR DE ESTE CAMPO ESCUELA

Aquella placa, la más pequeña y significativa de todas las existentes en Meztitla, deslavada por el paso del tiempo, muestra el glifo de una prehispánica hacha de cobre alusiva al pueblo de Tepoztlán. Por varias décadas, aquella imagen representó, a su vez, la propiedad adquirida al pie de los cerros por la Asociación de Scouts de México para establecer, en 1956, un campo escuela para su membresía. “Un hacha de cobre con su mango, símbolo del cobre mismo”, señala Antonio Peñafiel desde 1885, cuando publicó *Nombres geográficos de México*, refiriéndose al

“lugar donde abunda el cobre” o “pueblo del cobre” aunque, curiosamente, Tepoztlán nunca contó con minas de dicho metal. La guía oficial de la localidad, publicada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1958, advierte la posibilidad de que sus antiguos pobladores importaran las mentadas hachas para comercializarlas, aparte de ofrecer otra explicación de su toponimia, más atractiva: “A veces se interpreta el nombre como región de rocas desgarradas y esto justificaría el hacha hendiendo una montaña, cosa en perfecto acuerdo con la topografía de Tepoztlán”.

3

La muerte de Paul Loewe Seeber, nombre completo de la persona aludida en la placa montada a la entrada de Meztitla, propició que el *Tlatoani* —el boletín para dirigentes publicado por la Asociación—, empezara a publicar de manera más constante semblanzas de personajes ilustradas con el símbolo de “fin de pista”, tan distintivo entre los scouts.

De aquel bienintencionado texto de rimbombante estilo curricular —“... será recordado, sin duda alguna, como uno de los ejemplos a seguir en el empeñoso trabajo de la dirigencia scout en nuestra Asociación”— provienen algunos datos biográficos esenciales, completados y cotejados con otras fuentes: falleció el primero de marzo de 1989, originario de Frankfurt Am Main, Alemania, donde nació en 1912 y de donde emigraría en 1934, iniciados sus estudios de medicina, a consecuencia del ascenso del nazismo. Si bien su familia lo educó dentro de los preceptos de la iglesia luterana, su abuelo paterno fue un judío converso y su padre moriría a manos de las huestes de Hitler, quienes manifestaron su furia antisemita durante la Noche de los Cristales Rotos, en 1938.

Poseedor del certificado número 7553 de la Insignia de Madera, cursado en el Campo Escuela Gilwell, en Inglaterra,

avalado con la firma del propio Baden-Powell, fue uno de los dirigentes de la delegación mexicana que asistió al Jamboree holandés de 1937, el primero donde participara nuestro país; encargado de impartir el primer curso de Insignia de Madera en América Latina, a finales de 1939, en los campos de Remonta y Veterinaria de la Secretaría de Guerra, actualmente ocupados por parte de la Segunda Sección del Bosque de Chapultepec; comisionado nacional de Adiestramiento y consejero nacional, entre otros múltiples cargos, como igual de múltiples fueron los reconocimientos otorgados por su labor, Berrendo de Plata y medalla Juventud de las Américas incluidos. Y la razón de incluir su apretada semblanza: donante, a mediados de los años cincuenta del siglo pasado, de los primeros terrenos que conformarían el entonces denominado Campo Escuela Scout de Méztitla, en la localidad morelense de Tepoztlán.

Durante una entrevista realizada en 1999, poco antes de morir, Jorge Toral Azuela comentaría cómo, además de aquella donación, Paul Loewe persuadió a otras personas para hacer lo mismo y establecer el anhelado campo escuela de la Asociación de Scouts de México. Jaime Orozco, otro dirigente scout, recuerda haberlo acompañado, montado a caballo, para dinamitar las rocas que señoreaban aquellos agrestes terrenos, para allanarlos.

Fernando Soto-Hay consigna sendas anécdotas en su historia del escultismo mexicano, seguramente atestiguadas, que ilustran el carácter del promotor de Meztlitla: durante la revista realizada a una patrulla durante un campamento nacional de los años cuarenta, el doctor Loewe preguntó, sarcástico, por los trastos de cocina utilizados por sus marrulleros integrantes, quienes los escondieron para presentar una reluciente batería, sin rastros de uso. Otra patrulla perdería el galardón de campismo por la imprudencia de clavar un hacha en un árbol vivo, cuyo rastro detectó el sagaz dirigente, quien “tenía fama de ser muy estricto en esta materia”.



Paul Loewe Seeber en 1944
(cortesía de Ricardo Othón Loewe Reiss).

4

Ignacio González Siller, radicado en Querétaro desde hace rato, presume ser de los primeros acampadores en Meztitla; esto, durante el fin de semana del 1 y 2 de septiembre de 1956. Poco tenía de ejercer su cargo como guía de la patrulla Tejones del grupo 8, de la actual provincia Benito Juárez, cuando fue con el resto de su tropa —a cargo de Carlos Lozano Rodríguez, entonces estudiante de arquitectura—, para auxiliar al clan de su grupo a deslindar los terrenos del flamante campo escuela scout, el cual carecía de nombre en aquel momento. Será hasta el número de septiembre de 1958, cuando en la revista *Escultismo* aparezca por primera vez el término de Meztitla, y la explicación de su significado de reminiscencia náhuatl: “Lugar cerca de la Luna”. Ricardo Loewe, primogénito del promotor del campo escuela, recuerda la existencia de un predio con dicho nombre, al pie de los cerros, “donde está una cueva doble”, del que se-

ñala haberse tomado la denominación, aunque en la red circula la versión de la inspiración del nombre por una de las diversas figuras rupestres existentes en la región.

La historia recopilada de su propio grupo por González Siller, confirma la donación realizada por parte del doctor Loewe, quien además promovió la adquisición de otros predios que abarcan el “área central, ahora ocupada por el comedor y las cabañas de lobatos, el espacio entre los dos arroyos y, para arriba, hasta el Dado; el pedazo donde está el Amate Amarillo, y el área donde estaba el Amate Verde. Ya después se agregaron otras superficies, que se han dejado sin mucha ocupación de edificios a la fecha”.

Hubo un malogrado intento previo por establecer un campo escuela, a medio camino de Toluca y la Ciudad de México. Era un lugar muy frecuentado por los scouts durante los años treinta y cuarenta, bautizado por los mismos como Valle del Teponaxtle. Sede de varios campamentos nacionales, Fernando Soto-Hay lo recuerda como “un valle, no muy grande, rodeado de altísimos pinos, donde corría un arroyo de aguas muy limpias. Todo el año el pasto era verde y el clima frío”.



Desfile de inauguración del Campamento
Nacional Scout de 1942, Valle del Teponaxtle
(cortesía de Sol de la Parra).

También señala que en el acta de la Asamblea Nacional de la Asociación de Scouts de México, celebrada en Torreón, Coahuila, a finales de abril de 1956, se anuncia de la compra de un terreno en el poblado de Tepoztlán (aunque el mismo Soto-Hay aclara, en una nota al margen, que en realidad fue una donación): cinco hectáreas “para la construcción de un campamento permanente”, donde se edificarán barracas, salón de conferencias, restaurante y una tienda de golosinas, en beneficio de los 2,322 integrantes de la Asociación de Scouts de México registrados aquel año, con Arsenio Espinosa Salazar, otro de los grandes impulsores del campo escuela scout, al frente de la agrupación en su calidad de presidente nacional. Nunca tantos le debieron tanto a tan pocos —parafraseando a Churchill, un tanto de manera chafa, aunque ilustrativa—, sumada la infinidad de personas que han disfrutado del lugar desde entonces.

Los muchachos de la tropa del grupo 8, acompañados de los integrantes del clan, llegaron al agreste terreno adquirido al pie de los cerros de Tepoztlán, para montar su campamento en el área ahora conocida como Amate Amarillo, entre el arroyo y la explanada ubicada antes de llegar al monumento a la Promesa y la zona de placas conmemorativas de diversas provincias. Fue necesario despejar con machetes la maleza para instalar sus pesadas tiendas de campaña, diseñadas para alojar trabajadores de la construcción, elaboradas de lona impermeabilizada con cera, sostenidas con postes de madera y carentes de piso, lo que obligaba a sus usuarios a excavar una canal alrededor para evitar la entrada del agua de lluvia.

Luego se dedicarían al trazo y ubicación de los linderos del terreno, ayudados de sus propios bordones: “No sé qué tan bien o mal estarían aquellos trabajos de topografía”, reconoce Ignacio González Siller, “pero fueron la base para la ubicación del comedor, que fue la primera construcción, y la puerta de acceso peatonal que quedaba abajo del mismo, hacia el pueblo”.



Primer campamento en Meztitla, 1 y 2 de septiembre 1956
(archivo de Ignacio González Siller).

Precisa por su parte el arquitecto Lozano Rodríguez, que dicha actividad fue coordinada por el ingeniero Manolo Durán, jefe scout nacional y presidente de la comisión a cargo de la planeación y financiamiento del flamante campo escuela, para lo cual lograron obtener, entre otros donativos, 30 mil pesos por parte de la “hulera” El Popo, según consignan diversas notas periodísticas de la época.

“Era un terreno lleno de desniveles, con mucha vegetación y una vista maravillosa. Los planos que hice se basaron en aquellas mediciones y luego con las escrituras de lo que fueron comprando. Yo me aventé a hacer aquel rompecabezas”, recuerda. Usualmente, para llegar allá, era necesario trasladarse hasta Cuernavaca, donde se tomaba un camión que pasaba por el actual pueblo conurbado de Ahuatepec, hasta Tepoztlán: “Y de ahí al terreno a pata, por la actual ruta para autos, que entonces era de terracería; en la mera esquina de la desviación a Meztitla que partía de la carretera a Yautepec estaba la casa de Paul Loewe, quien convenció a otros scouts —Manolo Durán, Jorge Toral, Manuel Jolly— de comprar terrenos a la entrada de Meztitla, con la idea de donar una franja para darle forma al camino de acceso”, relata el encargado de las primeras edifi-

caciones del campo escuela, que abarcaron la Cabaña Scout, la cabaña de intendencia, la glorieta de acceso para automóviles y otras instalaciones terminadas de habilitar para un curso de directores de adiestramiento impartido por John Thurman, jefe del campo Gilwell, en 1962.

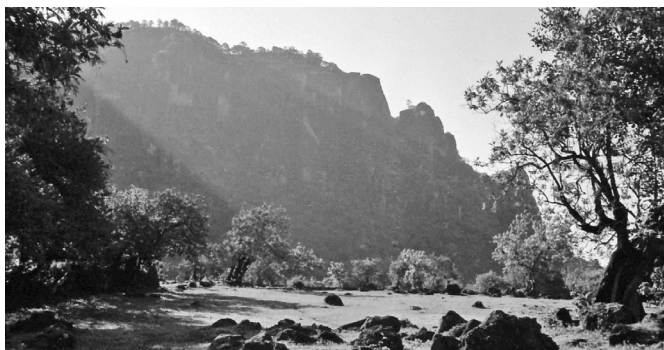


Paul Loewe revisa uno de los planos
del campo escuela de la Asociación de Scouts de México
(cortesía de Ricardo Othón Loewe Reiss).

Agréguese ahora la descripción brindada por Soto-Hay, con una desfavorable impresión inicial, al encontrarse en Meztitla con:

... un suelo lleno de piedras; el sol caía a plomo y hacía mucho calor. Ciertamente, me gustaron las cabañas porque se integraban al paisaje sin parecer algo extraño, pero lo demás era todo lo contrario a lo que ha-

bía soñado para un campo escuela [...] Pero me gusta observar, y empecé a ver los farallones con sus formas caprichosas que parecen cortados con un cuchillo, y me gustaron; me gustaron los cauces de los arroyos llenos de piedras, e imaginé cómo serían cuando corriera el agua y saltara por las pequeñas cascadas. Me empezaron a gustar las bardas de piedra y las terrazas que había en el campo; me gustó el Dado, y ese suelo y el olor a la hierba que no era igual a la de tierra fría, que conocía. Me gustó el cielo estrellado que hubo durante las dos noches de campamento; me gustó oír los insectos que cantaron durante toda la noche. Me gustó ver cómo los demás gozaban de aquel lugar; me gustó sentir el aire fresco al mediodía, cuando el calor subía a cada momento, y no sé cuántas cosas más me gustaron. Y desde ese momento me empecé a enamorar del lugar, a pesar de no ser como lo había soñado de lo que debiera ser un campo escuela para la Asociación.



Panorámica de Meztitla a principios de los años sesenta
(fototeca Carlos Viveros).

Para 1934, todavía no existía una carretera que conectara a Tepoztlán con Cuernavaca; entonces, la forma más práctica para

llegar al pueblo desde la ciudad de México era por el ferrocarril que salía de la estación Buenavista. Aquel viaje iniciaba hacia las siete y media de la mañana, con paradas en las estaciones del Ajusco y La Cima, antes de llegar a El Parque, arriba de la serranía, donde se bajaba a pie o a caballo al pueblo. Hace años se levantaron las vías ferroviarias, aunque permanecen las construcciones de madera de aquella estación inaugurada por Porfirio Díaz, de quien, se dice, frecuentaba la localidad para practicar la cacería. Una de las fachadas conserva el letrero con el nombre de la estación y las distancias que ninguna locomotora volverá a recorrer: 91.7 kilómetros a México y otros 172.6 a Balsas.



Equipo rover del grupo II de la ciudad de México en Meztitla, 1960
(fototeca Carlos Viveros).*

Ricardo Loewe señala que el primer contacto de su padre con la localidad donde hoy se encuentra Meztitla, ocurrió en aquel año, el mismo de su llegada a México, durante una excursión con los scouts de la que terminaría por ser su patria adoptiva.

*De izquierda a derecha: Raymundo Díaz Prunes, Javier Reyes Luján, Wenceslao Honc y Carlos Viveros. Reyes Luján, quien llegaría a ser jefe scout nacional a mediados de los setenta, recuerda que auxiliaron a Paul Loewe para fumigar el área del Amate Verde, infestada de alacranes, para lo que utilizaron máscaras antigás remanentes de la Segunda Guerra Mundial.

Retomaría sus estudios de medicina iniciados en su natal Alemania, ahora en el antiguo Palacio de la Inquisición, entonces sede de la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional, donde egresaría en 1940 para especializarse como radiólogo y montar su propio consultorio, en la colonia Roma. La familia del doctor Loewe, refiere su primogénito, comenzó a frecuentar Tepoztlán los fines de semana, desde finales de los años cuarenta, cuando ya existía la carretera que lo conectaba con Cuernavaca. Primero rentarían un cuarto en “la Torre de Atongo”, nombre con que se conocía la casa de otro alemán avecindado en el pueblo, Gustav Regler, ex combatiente antifascista de la Guerra Civil española y autor de diversos libros, uno de los cuales circuló en México con el título de *País volcánico, país hechizado*.

“La primera casa que tuvo mi papá en el pueblo —que luego fue un consultorio y ahora es una escuela—, está al lado de un arroyo con ahuehuetes en sus orillas”, comenta Ricardo Loewe, antes de proceder a describirla: “Tenía una terraza, sala con chimenea, cocina-comedor, baños, un cuarto grande donde nacieron muchos tepoztecos porque, luego, la utilizó como sala de maternidad; también estaba la casa del velador, al lado de un granero que edificó, donde guardaba sus sillas de montar”.

Tepoztlán carecía entonces de teléfono y luz eléctrica, por lo que el doctor Loewe utilizaba lámparas Coleman de gasolina blanca para alumbrar su casa. “Había zorrillos, cacomixtles y una cantidad grande de murciélagos que se colgaban de las vigas y ensuciaban las paredes, lo cual era molesto; también había muchos armadillos, que se fueron acabando los perros”, rememora su hijo. “No había camino asfaltado, todo eso era camino real. Y muchas veces mi papá, que llegaba los sábados en la noche, se atascaba al pasar el panteón y tenía que sacar su automóvil a empujones.”

Fue en aquellos años cuando Paul Loewe comenzaría a comprar y revender terrenos adquiridos a los tepoztecos que emigraron a los Estados Unidos, a consecuencia del fracaso de la reforma agraria, según explica su hijo. Al principio, lo que hoy se conoce como Meztitla era un lugar agreste, donde cre-

cía un achaparrado bosque mixto. “Mi papá nos llevó a ver los terrenos que acababa de comprar: en uno había un enorme ci-ruelo con ramas muy horizontales, que daban mucha sombra”, recuerda aquel niño que terminaría encaramado en una de sus ramas, acompañado de su hermano Juan Pablo. “Luego que le agarramos el gusto, nos anunció: “Bueno, esto es de los scouts”; después, puso en círculo unas piedras, para decir: “Imagínense aquí una fogata.”



Acceso peatonal de Meztitla
a principios de los años sesenta del siglo pasado
(archivo de Ignacio González Siller).

6

Frecuento Meztitla desde hace cinco décadas, cuando era loba-to, igual por eso le guardo tanto cariño. A los 16 años, intenté caminar de Milpa Alta a Tepoztlán con mi subguía de patrulla, *el Mugis*, quien muriera postrado en su cama por la esclerosis múltiple que lo aquejara por años, sin perder nunca la sonrisa en su rostro: alcanzamos a llegar hasta San Juan Tlacotenco, donde le tomé una foto a mi compañero de travesía parado con

aire victorioso frente al atrio de su pequeña iglesia, que todavía conservo (tengo otra, tomada a medio trayecto, donde aparece con un cigarro colgado de su boca y los shorts en los tobillos, en pleno desahogo del cuerpo entre los zacatales); como clancero, regresé al mismo pueblo con mi perseverante acompañante, sumado a otro integrante de la nueva expedición —*Charly Ramírez*, hermano del también desaparecido y entrañable *Muppet*—, en un recorrido iniciado ahora desde el Ajusco, por la vía del ferrocarril entonces todavía en uso, cosa que corroboramos por el susto de órdago que nos metió el paso de un tren de carga a medianoche, refundidos en nuestros *sleepings*; llegamos a nuestro destino, a costa de machacarnos los meniscos, por empeñarnos en caminar encima de los durmientes a lo idiota. Desde entonces, me duelen las rodillas con la humedad.

Ahora acostumbro ir allá de manera más civilizada, en automóvil. Cuando lo hago desde Cuernavaca, me gusta recorrer los 18 kilómetros que median a Tepoztlán con la música para camioneros gringos de BTO (Bachman-Turner Overdrive), preferencia que cambia a ZZ TOP al entrar a las empedradas calles de pueblo. Alguna ocasión, terminé aullándole a la Luna encaramado en el techo de la Cabaña Rover, mientras escuchaba las depresivas canciones de Marillion a todo volumen (con audífonos), para exorcizar un mal de amores. Ignoro si alguien atestiguó aquellos desfiguros musicalizados con mis anquilosados gustos roqueros.

Durante la adolescencia escribí una historia titulada “Cuentos de una noche de campamento”, situada en los cerros que se levantan al fondo de Meztitla. Lo hice en la mesa del comedor de la casa familiar, donde coloqué la máquina de escribir Smith-Corona adquirida por mi padre para los trabajos escolares de sus tres hijos. Fue en aquel armatoste metálico de color negro y teclas redondas como corcholatas donde plasmaría las andanzas de una patrulla que sale de Meztitla para acampar en el Tepozteco, y donde el guía, instalado frente a la chisporroteante fogata, anuncia la existencia de un sanguinario guerrero azteca que, desde hace siglos, habita la montaña.

Pese a la ingenuidad de la trama, todavía me gusta su escena final, cuando la luz de la Luna hace brillar como esmeraldas los ojos de la cabeza de jaguar que corona, a su vez, la cabeza de mi fantástico personaje quien, agazapado, escucha la historia narrada por aquel scout para espantarle el sueño a sus patrulleros. Su título lo retomaría para el primer libro de mi autoría —el mismo por el que me corrieron de la Asociación de Scouts de México en los cada vez más distantes noventa y que, por años, me hicieron darme un agarrón con su dirigencia nacional, hasta anular la expulsión y limar asperezas.

Casi no he vuelto a publicar otro texto “de ficción”, igual por tomarme en serio mi profesión periodística o, de plano, asumir mi incapacidad para pergeñar historias no emanadas de la realidad. Desde hace tiempo, la Smith-Corona ocupa un rincón del departamento donde vivo con mi esposa, exhibida encima de un barril de madera, cual preciada pieza de museo.

Sorpresivamente, en abril de 2016, al platicar con el Pelón desde mi computadora sobre un aparatoso incendio que agobiara al Tepozteco, me revelaría un secreto del escenario de mis fantasías literarias juveniles: la existencia de un jaguar en aquellos cerros, aseveración sustentada por una huella impresa en el lodo, “del tamaño de mi mano”, encontrada por las pozas que suelen formarse arriba de Meztitla, durante la temporada de lluvias.

Aquel bicho —aseguró mi amigo de reluciente cráneo, a quien un obtuso dirigente de la Oficina Scout Mundial lo obligó a arriar una bandera pirata en el Club Campestre de Teotihuacán, durante el Moot Mundial del 2000, colocada orgullosamente encima de su tienda de campaña, como referencia de su ascendencia veracruzana, antes de que Jack Sparrow irrumpiera a saco en la cultura popular—, se alimenta de conejos y venados que, en su aterrada huida del depredador, llegan a irrumpir en el campamento scout. “Dicen que gruñe al bajar cerca de Meztitla; unos albañiles que vivieron en el cuarto que se encuentra detrás de la Cabaña Scout lo escucharon”, leía en la pantalla de mi computadora, la cual para ese momento brillaba con inusitada intensidad.

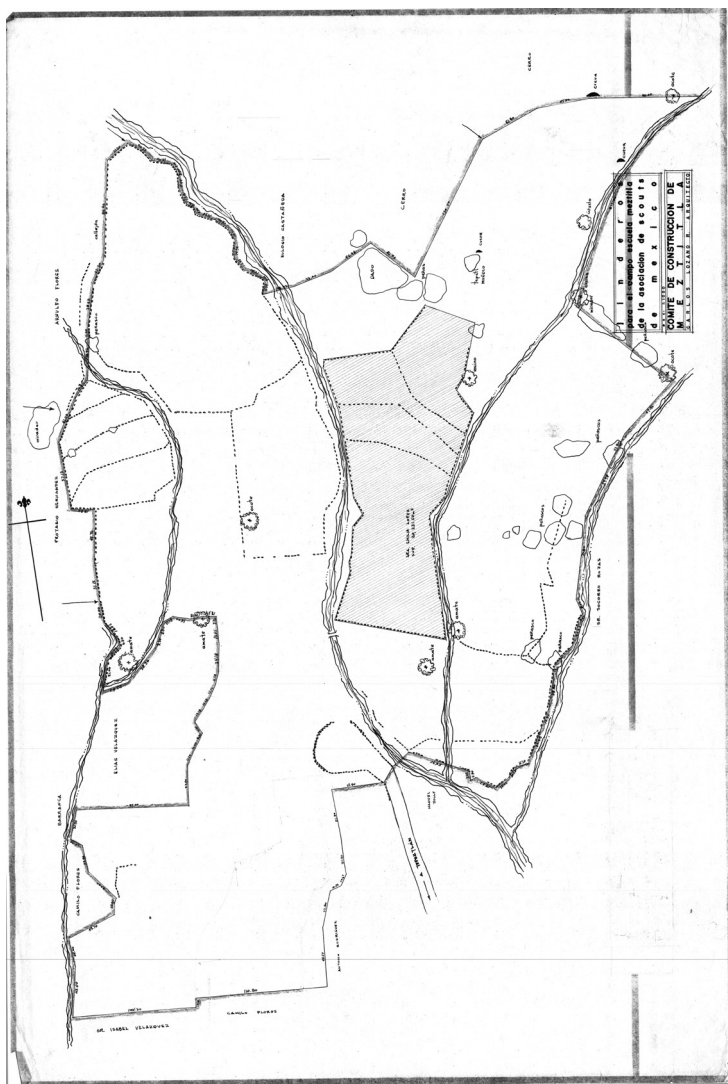
Desde entonces, me gusta imaginar al jaguar del Tepozteco tendido sobre el templete que se levanta frente a las astabanderas de Meztitla, una madrugada entre semana, cuando nadie acampa en el lugar. Las nubes le abren paso a la luz de la Luna elevada sobre los cerros de paredes labradas con esmeril, para iluminar la lustrosa piel de aquel emisario de las deidades prehispánicas, el cual emite suaves gruñidos al lamer sus patas delanteras mientras, gozoso, aspira el olor emanado del suelo empapado por las espectaculares tormentas de verano. Su cola recorta el aire nocturno al alzar la cabeza para escuchar los ladridos de los perros quienes, acobardados, olfatean su presencia, aunque, quizá, sólo traten de ahuyentar las sombras de los nahuales deslizándose por las calles desiertas del pueblo, pegadas a las bardas de piedra y adobe.

Me gusta ahora imaginarlo real y no como una fantasía.
Igual por eso dejé de escribir cuentos hace mucho tiempo.

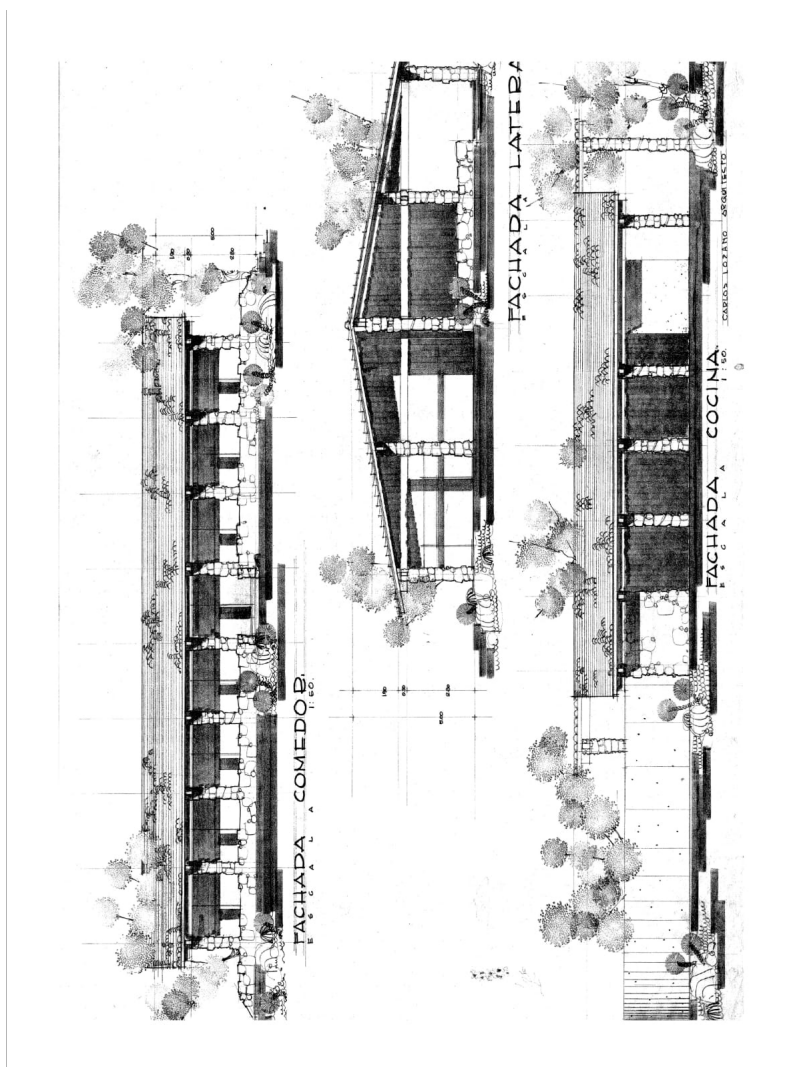
Ciudad de México-Cuernavaca, 2016-2026



Meztitla en planos y croquis



Terrenos originales de Meztitla, *circa* 1962
(archivo arquitecto Carlos Lozano).



Planos del comedor y cocina de Meztitla, *circa* 1962
(archivo arquitecto Carlos Lozano).



Croquis del Centro Scout Meztitla en 2026
(Asociación de Scouts de México, A.C.).

Contenido

Llamada de reunión	
<i>Gerardo Sagredo</i>	5
Nota editorial	7
Acampar cerca de la Luna.....	9
Meztitla en planos y croquis	27

La presente obra se liberó en la red durante el mes de junio de 2026.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

CUARTA TEMPORADA

31. Cómo se obtiene la insignia scout de 2ª Clase,
Búho Blanco • Mowgli
32. Guadalajara, un llamado al servicio. Testimonios scouts
de las explosiones del 22 de abril de 1992,
volumen colectivo
33. Acampar cerca de la Luna. Meztitla, origen e inicios,
Arturo Reyes Fragoso
34. 40 años de Expresión y Arte Scout.
Memorias y anécdotas
de ganadores, creadores y organizadores,
Ángel Martínez Herrera (coordinador)
35. Cartas a un guía de patrulla, Roland E. Philipps
36. La flor de lis y el henequén. Los primeros años
del escultismo yucateco, Juan Francisco Peón Ancona
37. Los inicios 1. Testimonios de los fundadores
de la Asociación de Scouts de México,
Luz María Coarasa de Toral • Javier Reyes Luján
38. Los inicios 2. Testimonios de los fundadores
de la Asociación de Scouts de México,
Luz María Coarasa de Toral • Javier Reyes Luján
39. San Jorge en Aztlán. Los inicios del roverismo en México,
Arturo Reyes Fragoso
40. Diez películas que todo scout debe ver antes de morir,
García Díaz • Pérez • Reyes Fragoso



Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx